

La recámara aislante del tiempo

NAN CHEVALIER

La luz del amanecer mostró el auto, detenido en la curvatura del camino, paralelo a la autopista. En el interior había una imagen borrosa que fue cobrando forma humana en la medida en que el autobús se aproximaba.

A instancias de un anciano pasajero, de pronunciada barba y gorra roja, el autobús se detuvo. Comprobaron que las bolsas de seguridad del auto habían explotado. En los labios y la barbilla del hombre inconsciente, tirado en el asiento derecho, se había petrificado un hilillo de sangre.

Abrieron las puertas del auto: el joven movió los labios para preguntar desde la inconsciencia: “¿Dónde está mamá?”, pregunta que repetiría durante los minutos que tardó en llegar una ambulancia. El anciano se ofreció a llevarlo al hospital junto a los paramédicos.

Pronto el caso del desconocido hallado al lado de la autopista aclamaría la atención de la prensa. El halo de misterio que la policía le otorgó no hizo sino aumentar las especulaciones acerca de lo que tal vez le sucedió al joven aparentemente trastornado: murmura frases sobre quién es; pero sus recuerdos están desfasados.

Eran las diez de la mañana cuando una mujer que aseguraba ser la madre del joven entró a la habitación donde éste yacía con la mirada perdida. El llanto ahogaba la voz de la mujer; miraba al que suponía era su hijo, y gesticulaba observando la fotografía que llevaba en una mano, mientras negaba con movimientos de la cabeza la escena que tenía ante sus ojos.

El anciano preguntó a la señora qué era lo que no aceptaba: “¿Por qué niega usted con la cabeza?”. Ella relató que su hijo había desaparecido diez años atrás junto a un amigo y que esa noche ella tuvo una pesadilla: su hijo conducía a través de praderas acompañado por un adulto quien recorrió todo el trayecto de espaldas, cubierto por un manto oscuro. Al descender por una pendiente, perdió el control y se precipitó en un abismo. La luz de luna mostró el cadáver del acompañante. En ese punto la pesadilla cambia de escenario: hay un globo de luz oscilando y una sombra espectral, siempre de espaldas, encendiendo una vela. Cuando la soñadora se acerca al espectro, éste alza el vuelo desvaneciéndose. En ese instante la soñadora despierta (relata la señora), exaltada por la certeza de que algo terrible acababa de ocurrir fuera del sueño. ¿Cosas del diablo? No lo sabe.

—¿Y usted... quién es usted, señor? Su cara...
—inquirió la señora.

El anciano calla y sonríe.

A las dos de la tarde el joven recobró el conocimiento. “¿Dónde está mamá?”, interrogó a un siquiatra, mirando con ojos escudriñadores al anciano como si estuviera frente a una aparición. ¿Le conozco?

Silencio.

La señora abrazó al joven. “¿Cómo es posible?”, repetía, repasando la mirada sobre los agentes policiales y el anciano. “¡Dios mío! ¿Cómo es posible? ¡Diez años! ¡Y, sin embargo, la misma cara de entonces!”.

Ante la desorientación del joven (miraba a la señora y preguntaba quién era esa), ella le mostró una foto en la que posaba junto al mismo rostro que el joven conservaba en la actualidad; pero ella, años más joven.

–¡Soy tu madre! –exclamó.

Las enfermeras observaban, tan dubitativas como el siquiatra. Los policías dejaban escapar frases sarcásticas. El anciano se arrodilló sin despojarse de la gorra; oraba muy que-
do; dos lágrimas surcaban sus mejillas.

–¿Mi madre? –preguntó el joven—. Mi madre tiene cuarenta y cinco años... Ayer...

–Cumpliré cincuenta y cinco. ¡Y tú deberías tener treinta y tres! ¡Pero miren esa carita!

–¡Usted está loca!... ¡Sáquenla de aquí!... Necesito ver a mi madre... o a mi padre.

–Murió – alcanzó a pronunciar la señora—. Se fue al cielo –en ese punto, el anciano la consolaba; el siquiatra inyectó un tranquilizante al joven– ... murió desesperanzado porque jamás tuvimos noticias de ti, hijo. Ni del señor Louis, ese mal amigo que se atrevió a pretender a tu hermana. Tu padre temía que nos hubieras abandonado por rebeldía. Siempre has sido inadaptado... más aún cuando empezaste a usar... sustancias. Pensamos que Louis tenía algo que ver con tu desaparición porque tampoco él jamás dio señales de vida.

Para el momento en que la señora pronunciaba la última palabra, el joven penetraba en el territorio del sueño murmurando "mi hermana, sí, y ¿Louis...?".

La madre aseguraba que tenía una idea de lo que había ocurrido y que la clave estaba inserta en su pesadilla de diez años atrás. Pero decidió esperar que el joven despertara para que él ofreciera su propia explicación. Despertó bruscamente, a las 4:13 de la tarde.

Debido el escrutinio de los agentes, el joven narró que "ayer" las ganas de dormir lo atormentaban cuando salió de una discoteca junto al "viejo Louis". Mientras manejaba, vio una luz desplazándose paralela al vehículo en que viajaba junto a su amigo. Ni él ni Louis ("un hombre de sesenta años, imaginen") creían en historias de fantasmas, así que continuaron la marcha, atentos, eso sí, a que algún delincuente terrenal no les entorpeciera el paso. Al descender la pendiente perdieron la noción del tiempo. Siempre les ocurría: salir tarde de las fiestas y tomar más de la cuenta se había convertido en un ritual. En un abrir y cerrar de ojos sintieron un impacto, como si hubieran colisionado contra un objeto macizo. Notó que Louis ya no estaba.

Ante la insistencia de los agentes acerca de la falta de relación entre los avisos policiales de diez años atrás ("Se buscan joven y señor extraviados") y la cara que exhibía el muchacho, este respondió: "¿Qué cara? ¡Tengo la que siempre he tenido!".

A las siete de la noche el joven lucía recuperado. Se abrió la puerta y la señora hizo pasar a una mujer, mientras aclaraba: "Es tu hermana". De esta recibió las informaciones disponibles acerca de "la extraña desaparición", diez años atrás, de dos hombres.

Contrariado, el joven decidió hablar: “Me sorprenden los avisos de la policía denunciando mi supuesta desaparición, y la de mi cuñado. Me intriga que él fuera sospechoso de un supuesto asesinato y, mucho más, que ahora el sospechoso del imaginario crimen sea yo porque (eso me han asegurado) Louis no ha regresado... Es curioso que los agentes se interesen por mi celular sólo porque no tiene señal, y se detuvo a las 3: 35 de la madrugada. La explicación es sencilla: se detuvo diez minutos después de la fiesta, en el momento en que sentimos el impacto. Mi edad es 23 años; no puedo aceptar que mi hermana, dos años mayor que yo, sea esta “viuda” treintona que trajo la loca que dice ser mi madre”.

Lo interrumpieron, por consideración al estado anímico de la señora y la hija. El sicuatra formuló preguntas sobre la fecha actual y acerca de los familiares del joven. Las respuestas de éste produjeron gestos y frases irónicas. El anciano preguntó, indignado, que si aquello era un espectáculo público o una situación de emergencia. Entonces los agentes hicieron salir al representante de la prensa, quien preguntaba con insistencia al anciano: “¿Usted es miembro de la familia?”

La sala se recargó de solemne atmósfera; el joven continuó su historia: “¿Dije que Louis y yo nos desplazábamos a gran velocidad cuando un impacto detuvo el auto? Sentí un horrible dolor en la cabeza; todo era tinieblas. Hasta que una potente luz iluminó el área. Noté que Louis no se encontraba en su asiento. Sentí que me elevaba al cielo. Desde arriba vi un bulto tirado al

lado del auto, la figura de un hombre herido. Y, a su lado, una sombra con capucha o sombrero. Todo ocurrió en la madrugada. Hoy desperté en esta cama...”.

Al fin hizo silencio. La señora y su hija lloraban. El anciano abandonó la habitación precipitadamente. Los agentes se miraban en intercambio indescifrable de conclusiones. En el pasillo, los reporteros esperaban tejiendo conjeturas sobre lo sucedido (¿abducción, locura, obra de satanás?), pero impedidos de una versión definitiva. Entonces el anciano, ya sin gorra, retornó. La señora y la hija reflejaron una suerte de pánico en los ojos.

—¡Es él! —gritó la hija, y pidió al agente policial que detuviera al anciano—. ¡Hay que quitarle la barba! ¿Cómo pudiste abandonarme, viejo irresponsable?

—¡Señor —ordenó el teniente—, permítame...

El anciano huyó rápido vociferando “son cosas del diablo”. Al intentar atravesar la calle, un auto impactó su cuerpo provocándole la muerte instantánea. El joven tuvo una recaída nerviosa y jamás recuperó la cordura.

Los investigadores plantean varias explicaciones que podrían arrojar luz sobre lo ocurrido: 1) el paciente experimentó, hace diez años, un evento traumático que lo indujo a abandonar su vida y huir de la ciudad; 2) el paciente y el viejo Louis fueron raptados por una nave alienígena y llevados a otra dimensión del tiempo; 3) la madre del paciente se inventó la historia de la desaparición de su hijo.

La tercera explicación resuelve el tema del sueño, de por sí poco creíble, y su relación con el trastorno de espacio-tiempo que experimentaba el paciente. Ofrece un carácter satánico a la figura de Louis, por su similitud con el anciano de la pesadilla y su actuación misteriosa. La segunda hipótesis explicaría los lapsus mentales del joven, su desorientación temporal y sus confusiones acerca de los eventos ocurridos durante una década; pero no ofrece una conclusión aceptable acerca de cómo desapareció y reapareció, diez años después, en el interior de un auto accidentado.

Tampoco arroja luz sobre el hecho de que él reapareciera con sus 23 años cumplidos y, en cambio, Louis retornara mucho más viejo y decrepito que cuando “desapareció”. La primera explicación, en cambio, ofrece datos creíbles sobre la desorientación mental del paciente y su reaparición en el auto, pero no explica la edad del muchacho. Además, deja abierta la posibilidad del escape de carácter homosexual, porque Louis tampoco dio la cara durante ese lapsus. El hecho de que la hermana del joven asegure que el anciano es Louis, porque “tiene la cara que debería tener diez años después” no es una hipótesis fácilmente comprobable... Sólo resta escuchar tu versión, lector.

Sobre el autor

Nan Chevalier nació en Puerto Plata, República Dominicana, en 1965. Ha publicado *Las formas que retornan* (poemas), Búho, 1998; *Ave de mal agüero* (poemas), Letra Gráfica, 2003; *La segunda señal* (cuentos), Letra Gráfica, 2003; *Ciudad de mis ruinas* (novela), Letra Gráfica, 2007; *El hombre que parecía esconderse* (novela), Alfaguara, 2014; *El domador de fieras y otros nanorrelatos* (minificción), Editora Nacional, 2014; *La recámara aislante del tiempo* (cuentos), Búho, 2014; y *Viaje sin retorno desde un puerto fantasma* (novela), Búho, 2015. También *Pasión analítica. Apuntes sobre escritores dominicanos e hispanoamericanos*, Fondo Editorial Unapec, 2016; *Espectros diurnos* (poesía), Búho, 2016; *Payaso al caer la tarde* (novela), Amargord, 2017; *En tránsito. Antología de la cuentística dominicana actual (1970-2017)*, Amargord, 2017; y *Presas de la inmediatez* (poemas), Editorial Funglode, 2017. Es director del Departamento de Español de Unapec.

